

Ecós de la Aurora.
El impacto de la Revolución Rusa en América Latina en su contexto global

Dr Tobias Rupprecht, Exeter

La Revolución Rusa del año 1917 afectó a todos los países del mundo y causó el primer movimiento político de masas global que incluía a personas de diferentes etnias y culturas, hombres y mujeres, trabajadores e intelectuales. Radicalizó a una generación de socialistas, e inspiró a artistas de todo el mundo. Incluso la vanguardia literaria en México estaba fascinada: “Los pulmones de Rusia soplan hacia nosotros, el viento de la revolución social”, escribió el poeta mexicano Manuel Maples Arce en 1924 en su obra *Urbe. Un super-poema bolchevique en 5 cantos*.¹ El fundador del movimiento estridentista exigió tirar por la borda formas artísticas heredadas, así como las revoluciones mexicanas y rusas habían trastornado sistemas políticos anticuados. Al mismo tiempo, sin embargo, muchos artistas y pensadores en Rusia sentían un viento helado de la revolución: ya en 1921 los bolcheviques acusaron a cientos de intelectuales en Petrogrado de una conspiración fabricada y, como advertencia al intelectualismo ruso crítico, los dispararon rápidamente, incluso al poeta Nikolai Gumilyov, el famoso representante del *Akmeismo* y amente del continente africano.

La fascinación por la Revolución Rusa en el Sur Global solía ignorar o minimizar esta historia de violencia inconcebible. Regímenes coloniales, subdesarrollo económico y desigualdad social – y la explotación de estas factores por parte de la Unión Soviética – nutrieron en muchas partes de Asia, África y América Latina una percepción idealizada de los eventos trágicos del otoño de 1917 en Rusia. La república mundial comunista quedó una utopía de intelectuales. Los tres más importantes legados concretos de Lenin en el Sur Global han sido el unipartidismo, una tradición antiimperialista no liberal, y una concepción del socialismo como un sistema de economía controlada por el estado nacional. En América Latina, el unipartidismo fue limitado a Cuba (y hasta cierto punto a México y Perú), pero los otros dos legados siguen siendo influyentes en el pensamiento político latinoamericano.

Revolución mundial fracasada

Cuando los bolcheviques tomaron el poder del Gobierno Provisional en octubre de 1917 y proclamaron la revolución socialista, pueblos de todo el mundo oyeron las señales: Estudiantes, desde Pekín hasta Córdoba, se unieron a organizaciones revolucionarias. El prestigio de los líderes soviéticos fue enorme en universidades, sobre todo en América Latina, donde la Primera Guerra Mundial había causado una crisis económica, social e identitaria. El escritor peruano Eudocio Ravines fue uno de los intelectuales más entusiastas en América Latina: “Todos los eventos sucedidos en-Rusia me llegaron al corazón. Cada mañana leía atentamente las noticias, y en ellas vi la posibilidad de creer en algo de nuevo. Logré encontrar analogías entre los indios (peruanos) y el *muzhik* (campesino) ruso.”² El fundador del Partido Comunista de Chile, Luis Emilio Recabarren, comentó brevemente después de la Revolución Rusa: “Voto por los bolcheviques rusos sin dudarlo, porque nos muestran el camino hacia la paz y la liquidación del bárbaro régimen capitalista. ... Quien no defiende su causa, defiende el capitalismo y todos sus horrores.”³ En Brasil, Lima Barreto escribió en junio 1918 que “la Revolución Rusa sacudió no solamente los tronos, sino-también los bases

¹ Manuel Maples Arce, *Urbe. Súper-poema bolchevique en 5 cantos*, México DF 1924.

² Eudocio Ravines, *La gran Estafa*. Santiago de Chile, Ed. del Pacífico, 1954, p. 13.

³ Conferencia de Luis Corvalán en Moscú en ocasión del 50. Aniversario de la Revolución de Octubre, *Pravda*, 5-11-1967.

sociales de nuestra sociedad burguesa predatoria. La onda de simpatía que fue despertada en nuestros corazones no se puede ignorar y es imposible ahogar nuestro deseo a ver algo parecido aquí.”⁴

Esta fascinación por la Revolución Rusa no fue limitado exclusivamente a estudiantes e intelectuales: Grupos anarquistas en Brasil y México, reinterpretando la ideología anti-anarquista de Lenin, se llamaron ahora ‘bolcheviques’. Tanto trabajadores en plantaciones de tabaco cubanos como activistas de la independencia en la India holandesa fundaron sus propias organizaciones que llamaron “soviet” (‘consejo’ en ruso). Olas de protesta y de huelgas recorrieron el mundo. Karl Marx y Lenin se unieron a Montezuma y Emiliano Zapata como héroes de la Revolución Mexicana contemporánea. En los imperios coloniales europeos en Asia, África, y el Caribe los combatientes de liberación nacional se radicalizaron y ahora se veían como parte de un movimiento global – y muchos intelectuales latinoamericanos se apuntaron a él. Gracias a los bolcheviques, Rusia se convirtió en el centro de la rebelión contra la hegemonía global de Occidente.

Para Lenin el propósito de la revolución en Petrogrado había sido la preparación de la revolución comunista mundial. Pero al principio sólo pensaba en las revoluciones en los países industrializados avanzados de Occidente, que luego, si las condiciones sociales lo permitían, continuarían en los territorios coloniales. Los bolcheviques y la Internacional Comunista (Comintern), fundada en 1919 en Moscú para coordinar la revolución mundial, pusieron mucha esperanza en el proletariado de Alemania. Pero en el mismo año el gobierno socialdemócrata derrotó los insurgentes comunistas del *Levantamiento Espartquista* en Berlín. Por último, en el *Octubre alemán* en 1923 el gobierno alemán frustró el último intento de llevar la revolución mundial a Alemania.

En Moscú, en esta época ya habían puesto un enfoque más fuerte en los territorios coloniales en Asia y África. El teórico del partido, y más tarde presidente de la Comintern, Nikolái Bujarin sostenía que los levantamientos coloniales cortarían las potencias imperialistas de sus mercados y las materias primas y por lo tanto aceleraría la crisis del capitalismo.⁵ Para incitar a los “pueblos del Oriente” a levantarse contra los centros imperiales, sin embargo, el proletariado de estos países fue demasiado pequeño – o a veces inexistente. Por eso, en su segundo congreso mundial en 1920, la Comintern decidió forjar alianzas con “nacionalistas burgueses”. Lenin y Bujarin proporcionaron el fundamento teórico de esta reorientación fundamental del marxismo. El presidente de la Comintern, Grigori Zinóvjev, animó al Congreso de los Pueblos de Oriente en Bakú y miles de sus participantes de Turkestán, Turquía, Persia y el mundo árabe a la yihad contra el imperialismo británico.⁶ Los escritos de Lenin sobre el imperialismo se tradujeron a numerosos idiomas y se extendieron por todo el mundo. En Mongolia, donde Pekín había perdido el control, el bolchevismo se presentó al Sur Global como un camino hacia la independencia nacional y la modernización forzada estatal. El ejército rojo y un pequeño grupo de luchadores de la independencia de Mongolia habían conquistado la ciudad de Urga en 1921. Los nuevos gobernantes la convirtieron en Ulaanbaatar (“héroe rojo”), la capital de la primera República Popular comunista, diseñado según el modelo soviético.

Agentes transnacionales de la Comintern llevaron las ideas y prácticas de la Revolución Rusa

⁴ Lima Barreto. *Obras completas*, Sao Paulo, 1956, t. IX, p. 72.

⁵ Dietrich Beyrau, Petrograd. Die russische Revolution und der Aufstieg des Kommunismus, München 2001, p. 231–249.

⁶ Christopher Andrews, *The KGB and the World*, London 2005, p. 2.

al resto del mundo: El franco-suizo Jules Humbert-Droz participó en la fundación de los partidos comunistas en Argentina y Suiza, y volvió jefe del secretariado de la oficina latinoamericana de la Comintern. El judío bielorruso Mijail Borodin viajó por América Latina, Escandinavia y Turquía para ayudar a formar escuadrones revolucionarios. Tan Malaka, activista indonesio de la Comintern pasó muchos años moviéndose entre el sudeste de Asia, la Unión Soviética, los Países Bajos y las Filipinas. El indio Manabendra Nath Roy fundó el precursor del Partido Comunista de México en diciembre de 1917, luego organizó el entrenamiento de la futura élite comunista en la Asia Central soviética y, unos años más tarde, fundó el Partido Comunista de la India. Hasta finales de los veinte, todos los países de América Latina tenían sus Partidos Comunistas (sin embargo, el número de miembros nunca era impresionante: en 1924, el partido de Argentina tuvo 3,500, el de Chile 2,000, y el de México, uno de los más influyentes, no más que 1,000 miembros; Brasil solo tenía 350, y países más pequeños incluso menos).⁷ El socialista holandés Henk “Maring” Sneevliet instó a los socialistas indonesios a seguir el ejemplo de Rusia. Borodin, Roy y Maring finalmente se encontraron en China, donde ambos ayudaron a construir el Partido Comunista de China, pero también organizaron el apoyo soviético masivo para los nacionalistas chinos bajo Sun Yat-Sen.

Con el fin de ganar más seguidores del Sur Global por la causa de la revolución, la Comintern organizó visitas a la Unión Soviética. El militar rebelde brasileño Luís Carlos Prestes fue invitado a Moscú desde su exilio en Bolivia para preparar allí la revolución brasileña (que falló en 1935). En la *Oficina del Negro* de la Internacional Sindical Roja (Profintern) se reunieron las principales figuras del panafricanismo como el trinitario George Padmore, el jamaicano Marcus Garvey, y artistas afroamericanos del *Renacimiento de Harlem*. París, ciudad en la que vivían numerosos intelectuales de América Latina, y de colonias de Asia y África, fue especialmente fértil en la producción de cuadros comunistas. Ya en 1925 la policía francesa calculaba que una cuarta parte de los cerca de 4.000 chinos en la ciudad se habían convertido comunistas.⁸ Financiado por el comunista alemán Willi Münzenberg la *Liga contra el imperialismo y la opresión colonial* en Bruselas cortejó celebridades anticoloniales, tales como el presidente del Congreso Nacional Africano (ANC), Josías Gumede. Desde América Latina llegaron el venezolano Gustavo Machado, el mexicano José Vasconcelos, el argentino Victorio Codovilla, y el fundador de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), el peruano Víctor Haya de la Torre, que en su siguiente viaje a Moscú encontró a León Trotsky y varios otros líderes de la revolución – que, según Haya de la Torre, “sabían poco o nada sobre las condiciones en nuestra América.”⁹

Mientras unos visitantes latinoamericanos en los veinte, como Haya de la Torre, regresaron escépticos de la experiencia soviética, otros disfrutaron del sentimiento de ser celebrados como héroes de la liberación nacional en la joven Unión Soviética. El contraste con su discriminación o persecución en Occidente convenció incluso a muchos non-comunistas de la benevolencia soviética hacia el Sur Global. Y los comunistas que llegaron veían en la URSS lo que querían ver. Recabarren, pasando 40 días en la Unión Soviética en 1922, después recordó: “Fui para ver si la clase obrera de verdad tenía el poder político ... para ver si la clase obrera hubiera abolido para siempre toda forma de explotación capitalista y tiranía. Vi con alegría que de verdad los obreros rusos tenían toda la fuerza de poder político y económico en sus manos ... También pude ser testigo de que la expropiación de los

⁷ Nicola Miller, *Soviet Relations with Latin America, 1959-1987*, Cambridge UP 1989, p. 29-34.

⁸ Michael Goebel, *Anti-Imperial Metropolis. Paris and the Seeds of Third-World-Nationalism*, Cambridge MA 2015, p. 181.

⁹ Miller, p. 38.

explotadores fue tan completa que un régimen de explotación y tiranía, como el nuestro en Chile, nunca volverá a Rusia.”¹⁰

En la Unión Soviética de las décadas de entreguerras muchas futuras elites poscoloniales recibieron años de entrenamiento universitario e ideológico (estudiantes latinoamericanos llegaron en gran número solo más tarde, a partir de los sesenta). En la *Universidad de los Trabajadores del Oriente*, fundada en 1921 en Moscú y trasladada en 1930 a Tashkent, malayos encontraron a argelinos, tibetanos a maoríes, y fiyianos a poetas turcos. Aquí estudiaron la teoría marxista-leninista y la práctica revolucionaria el futuro revolucionario vietnamita Ho Chi Minh, el primer Primer Ministro de Kenia, Jomo Kenyatta y muchos activistas del ANC. Viejos bolcheviques compartieron su experiencia en actividades subversivas, tácticas militares, y en la construcción de sindicatos y partidos; pero también las matemáticas, el idioma ruso y la filosofía estaban en la agenda. La mayoría de los chinos en la Unión Soviética estudió en la *Universidad Sun Yat Sen* en Moscú, fundada en 1925. Una parte importante de las futuras élites comunistas, incluyendo Deng Xiaoping y Chou Enlai, ambos reclutados en París, recibió su formación ideológica aquí.

Antiimperialismo iliberal

A pesar de todos los esfuerzos de la Comintern, la Revolución Rusa no acabó en la revolución mundial. En cambio, la revolución bolchevique había destruido los cimientos de un sistema parlamentario liberal y también de modelos socialistas alternativo en Rusia. Lenin creó un nuevo tipo de gobierno autoritario, para cuya legitimación él utilizó el nacionalismo de los pueblos non-rusos del imperio zarista. Junto con Bujarin diseñó una interpretación del imperialismo como una consecuencia del capitalismo, que se transfirió a los países del Sur Global. El antiimperialismo significaba ahora una actitud afirmativa hacia el nacionalismo y el rechazo al pluralismo político y al liberalismo económico. Con este antiimperialismo iliberal, los movimientos anticoloniales en todo el mundo recibieron un fundamento teórico y un lenguaje común. Generaciones posteriores de antiimperialistas, incluso los que se distanciaron explícitamente de la Unión Soviética, siguieron en esta tradición de Lenin: desde pionero francés de la descolonización Frantz Fanon y los movimientos de liberación de la década de 1960 hasta los economistas de la Teoría de la dependencia como el alemán-estadounidense-chileno André Gunder Frank, y los antisionistas seculares e islámicos de nuestros días.

Hasta la Revolución rusa, los teóricos marxistas, como los liberales, habían sido militantes de un mercado libre y se habían opuesto al nacionalismo económico. Marx y los socialdemócratas del siglo 19 vieron el estado proteccionista como un instrumento de represión de la burguesía, y el libre comercio capitalista como etapa históricamente necesaria que agruparía el proletariado mundial antes de la revolución socialista.¹¹ Pero en la Rusia revolucionaria, los comunistas volvieron al revés el determinismo histórico de Marx. Bujarin se volvió contra los socialistas europeos en 1918 y declaró nacionalizado todo el comercio exterior de la Rusia soviética. Lenin fue particularmente interesado en el control del estado por el partido durante la guerra civil: su inspiración para la economía de planificación centralizada vino menos de Marx que del modelo de Walther Rathenau, que había asegurado la distribución de los recursos en el Reich alemán militarista durante la Primera Guerra Mundial. Desde entonces, ‘socialismo’ significaba control estatal de la economía.¹²

¹⁰ Rusia obrera y campesina, in: Revista Internacional 11 (1967), p. 80.

¹¹ Reza Ghorashi, Marx on Free Trade, in: Science & Society 1 (1995), p. 38–51, at p. 43.

¹² Daniel Yergin/Joseph Stanislaw, The Commanding Heights, New York 1998, p. 12.

La construcción de las estructuras políticas después de 1917 también tuvo lugar siguiendo las exigencias de la guerra civil y el gobierno bolchevique, que se vio constantemente amenazado de todas partes. Finalmente, los comunistas aseguraron su victoria gracias a sus eficaces estructuras de comando y a la organización del unipartidismo autoritario leninista. Su éxito fue probablemente la señal más poderosa que emanaba de la Revolución Rusa al Sur Global. El hecho de que los bolcheviques ganaran la guerra civil rusa demostró que una minoría bien organizada en regiones agrarias y atrasadas era capaz no solo de derrocar un antiguo régimen, sino también de oponerse a Occidente y cumplir sus propias ideas de modernización. Por lo tanto, la Comintern insistió en que todos sus miembros se adaptaran al ejemplo del partido leninista y excluyó a todos los grupos que se negaron.¹³

No sólo marxistas fueron inspirados del partido de vanguardia creado por Lenin. Movimientos anticoloniales lo veían como un modelo non-occidental para construir estados nacionales modernos. Este aspecto de la Revolución Rusa fue el foco de la percepción en Asia colonial y África. Bajo la influencia de comunistas, el movimiento de liberación nacional vietnamita Viet Minh, fundada en 1941, copió los estrictos principios de organización del partido leninista – incluyendo la estructura celular, el “centralismo democrático” y el violento aparato de seguridad. Los nacionalistas chinos del Kuomintang también copiaron las estructuras de comando de Lenin bajo la dirección directa de asesores militares soviéticos y agentes del Comintern – hasta 1927 cuando Chiang Kai Shek masacró a miles de comunistas chinos y Stalin puso fin a la colaboración con los "nacionalistas burgueses" por el momento. Sin embargo, el sistema del unipartidismo siguió inspirando movimientos y líderes non-marxistas del período de entreguerras: Atatürk, los fascistas italianos y los nazis asumieron algunas estructuras de los partidos, las técnicas de propaganda, estrategias de movilización, las organizaciones de masas y los conceptos económicos tales como los planes quinquenales de los modernizadores antioccidentales en el este. Y Sayyid Qutb, influyente miembro de los Hermanos Musulmanes, tomó la idea de Lenin de una vanguardia revolucionaria anti-occidental radical – aunque sin la componente anti-religiosa.¹⁴

Cuando Stalin implementó su concepto de “socialismo en un país” a finales de los veinte, el interés soviético en el Sur Global comenzó a vacilar. León Trotsky, el líder de la revolución mundial, fue asesinado en el orden de Stalin en México. Cuando la Comintern fue disuelto en 1943, muchos de sus agentes ya habían sido ejecutados en Moscú. Los partidos comunistas en todo el mundo, incluso en América Latina, imitaron estas purgas con numerosas exclusiones del partido. Desde entonces siguieron siempre la línea del partido de Moscú, que representó más y más los intereses del estado soviético en lugar de los ideales del comunismo mundial. Como resultado, los partidos comunistas perdieron casi todo el apoyo en la población en la mayoría de los países. Según estimaciones soviéticas, en la víspera de la Segunda Guerra Mundial había sólo 5.000 comunistas en todo el continente africano.¹⁵ Pero la victoria militar de la Unión Soviética sobre la Alemania “imperialista” y el conflicto ideológico posterior con los EEUU “capitalistas” aseguraron la influencia continua de la Revolución Rusa en el Sur Global. Mientras que el sistema soviético fue exportado con el Ejército Rojo a gran parte de Europa del Este y Corea del Norte, muchas élites en África, América Latina y el resto de Asia buscaron activamente inspiración y apoyo en Moscú.

¹³ Victor Augusto Piemonte, *La Internacional Comunista y los comienzos del Secretariado Sudamericano a través de la sistematización regional del proceso de bolchevización*, in: *Historia Crítica* 64/2017, p. 101–118.

¹⁴ Odd Arne Westad, *The Global Cold War*, Cambridge 2007, p. 46–57; Steven Marks, *How Russia Shaped the Modern World*, Princeton 2003, p. 299–232.

¹⁵ 11. Zbigniew Brzezinski, *Africa and the Communist World*, Stanford 1963, p. 237.

En China, tanto la Kuomintang nacionalista de Chiang Kai Shek como el Partido Comunista de Mao Tse-tung habían sido creados con apoyo soviético y siguiendo el modelo leninista. Cuando Mao ganó la guerra civil china en 1949, decenas de miles de especialistas soviéticos llegaron al país y lo recrearon según el modelo soviético. Decenas de miles de chinos fueron educados en la URSS y después de su regreso adaptaron al modelo soviético el sistema económico, la educación, la salud y la justicia, los medios de comunicación y también la arquitectura y la pintura china. El jefe de seguridad de Mao, Kang Sheng, él mismo un ex agente de la Comintern que había estudiado en la década de los 1930 en Moscú, copió los métodos del aparato de seguridad de Stalin. Siguiendo el ejemplo del Gulag, creó el sistema de campos de prisión Laogai e inició purgas estalinistas dentro del Partido Comunista de China.

Desde los cincuenta hasta los ochenta, muchos estados del emergente Tercer Mundo copiaron, después de sus propias revoluciones, elementos del modelo soviético. El Vietnam del Norte de Ho Chin Minh lo exportó desde mediados de los años setenta al sur del país después de que los Estados Unidos se retiraran; a continuación, también a Laos, y en los ochenta a Camboya. El único país de América Latina que optó por este camino fue Cuba bajo el mandato de Fidel Castro; después de una primera década relativamente independiente posrevolucionaria, el gobierno en la Habana se adaptó completamente al modelo del partido soviético desde finales de los años sesenta. Para algunos internacionalistas soviéticos, en esta época parecía continuar lo que había fallado durante el estalinismo: “El eco de nuestra Aurora Báltico resuena en todo el mundo”, escribió el poeta Dmitry Kovalev con referencia al barco militar que señaló el comienzo de la Revolución del Octubre, “Saludos África, saludos lejana Cuba!”¹⁶ En los setenta, Yemen del Sur y Somalia voluntariamente se unieron al campo soviético; después del colapso del imperio colonial portugués también Angola, Mozambique y Guinea-Bissau.

La importación más extensa de ideas de la Revolución Rusa en el Tercer Mundo tuvo lugar a mediados de los años setenta en Etiopía. El General de Ejército Mengistu Haile Mariam, después de la caída del emperador etíope Haile Selassie, se estableció como el nuevo líder del país cristiano-ortodoxo. Como ya algunos de sus predecesores non-marxistas buscó soporte en Moscú. Para justificar sus excesos violentos contra opositores políticos y los cientos de miles de campesinos muertos de hambre, los nuevos líderes de Etiopía utilizaron explícitamente el vocabulario de la guerra civil rusa: categorías tales como “terror rojo” y “reacción blanca” se impusieron en condiciones completamente diferentes en el Cuerno de África; conflictos locales fueron re-interpretados como luchas de clases entre capitalistas y el proletariado. En 1984 el congreso fundador del marxista-leninista Partido de Trabajadores de Etiopía, se declaró orgullosamente el “heredero de la gran Revolución de Octubre”.¹⁷

El unipartidismo leninista

El mundo socialista, cuyos regímenes se referían directamente a la Revolución de Octubre, comprendía aproximadamente un tercio de la población mundial a principios de los años ochenta. El modelo soviético, sin embargo, tuvo enormes efectos sobre muchos otros estados postcoloniales. Durante la descolonización, fuentes tradicionales de autoridad y legitimidad política en las sociedades agrarias se habían derrumbado en todo el Sur Global. Para sus élites postcoloniales, el Estado leninista de partido único ofreció un modelo reproducible y non-occidental de estados modernos. El partido exigía la máxima disciplina y la lealtad ideológica de sus miembros, que seguían siendo intercambiables. A través de los comités locales del

¹⁶ Nikolaj Anciverov/Sergej Polikarpov, *Tebe Kuba! Stichi*, Moscú 1961.

¹⁷ Westad, p. 250–287.

partido y las células de los sindicatos, las escuelas, las universidades y los militares, el partido penetró y controló la sociedad. Ya en los 1960, el politólogo estadounidense Samuel Huntington había visto esta creación de orden político posrevolucionario como el verdadero logro del comunismo mundial, e incluso como el concepto político más influyente del siglo veinte.¹⁸

Algunos países multiétnicos del Sur Global de hecho preservaron su integridad territorial gracias al socialismo autoritario leninista. Sukarno, el primer presidente de Indonesia, y Julius Nyerere, el primer Primer Ministro de Tanzania independiente, lograron a mantener conflictos étnicos bajo control con la retórica socialista y la organización de las masas que imitaron de la Unión Soviética. El héroe anticolonial de la liberación de Ghana Kwame Nkrumah creó su versión del unipartidismo basando su poder en el Partido Popular de la Convención, que había formado con la ayuda de George Padmore, el ex jefe de la “Oficina del Negro” del Prointern. Sekou Touré, el primer presidente de Guinea independiente y Modibo Keita, el presidente de Mali, habían conocido el modelo soviético a través de sus contactos anteriores con los partidos comunistas europeos – y ahora formaron el sistema político de sus países con el generoso apoyo de Moscú. Los sistemas de educación, los medios de comunicación, los conceptos económicos, y los órganos de seguridad de muchos países del Sur Global en los cuarenta y cincuenta fueron creados con asesoría de la Unión Soviética y sus aliados de Europa Oriental. Los militares, que en los sesenta y setenta terminaron muchos de estos experimentos socialistas continuaron ciertos aspectos del modelo soviético: detrás de una fachada de la democracia, esto permitió el control centralizado de todos los sistemas sociales. En el Zaire, por ejemplo, el dictador Mobutu Sese Seko, apoyado por el Occidente, también contó con un sistema de unipartidismo, incluido un Politburó, a pesar de su militante anticomunismo.¹⁹

En Asia y Oriente Medio también, el sistema del unipartidismo leninista gozó de gran popularidad entre los regímenes postcoloniales. Después de su derrota, el Kuomintang, organizada por los leninistas en los veinte, se retiró a Taiwán y gobernó allí hasta los ochenta como partido estatal. El sirio Michel Aflaq, ex estudiante comunista en París en los veinte, se refirió a Lenin cuando creó en 1947 el Partido Baaz Árabe Socialista. Desde 1963 ha gobernado en Siria; más tarde durante mucho tiempo en Irak. En particular, los servicios militares y secretos de muchos estados árabes trabajaron estrechamente juntos con la Unión Soviética: Hafiz al-Assad, padre de Bashar al-Assad, pasó su entrenamiento militar en la URSS; su hermano Rifaat, que construyó el aparato de seguridad sirio, y una parte considerable de las fuerzas de seguridad egipcias hasta finales de la década de los setenta, habían aprendido su artesanía en la Unión Soviética. Además, Moscú entregó enormes cantidades de armas a regímenes amistosos en el Sur Global y contribuyó a la continuación de la tradición de la violencia de la Revolución de Octubre.

En América Latina, el unipartidismo leninista nunca fue tan influyente como en Asia, el mundo árabe, o África. La experiencia del colonialismo fue más lejos, y la mayoría de las sociedades latinoamericanas ya tenían sus estados nacionales independientes por más de un siglo – de hecho, más que la mayoría de los estados europeos. El único país que copió completamente el modelo leninista fue Cuba, donde el régimen de Fidel Castro adaptó voluntariamente al modelo soviético de estado y partido. Sin embargo, la idea de un partido de vanguardia que une las fuerzas políticas y movilice y controle la sociedad dejó rastros en América Latina también. Plutarco Elías Calles y Lázaro Cárdenas, los presidentes

¹⁸ Samuel Huntington, *Political Order in Changing Societies*, New Haven 1968.

¹⁹ Maxim Matusevich, *Africa in Russia. Russia in Africa*, Trenton 2007.

posrevolucionarios mexicanos, fueron admiradores de la joven Unión Soviética – su creación del Partido Nacional Revolucionario, que más tarde volvió en el Partido Revolucionario Institucional (PRI), reflejó esta admiración y colaboración con Moscú en los veinte y treinta. Además, ecos del Leninismo se encuentran en otros movimientos que en la superficie tenían poco que ver con la URSS. Haya de la Torre famosamente declaró ‘Ni con Moscú ni con Washington’, pero la estructura vertical y organización disciplinada del APRA reflejan claramente las ideas de Lenin: ambos crearon partidos de vanguardia, para tomar poder en un país subdesarrollado y luchar contra el imperialismo. Ya a partir del modelo del partido fascista de Mussolini, el ex socialista italiano que combinó la idea del unipartidismo leninista con un nacionalismo virulento, Lenin y la Revolución Rusa afectaron indirectamente la creación del Justicialismo en Argentina.

Los legados de la URSS en América Latina y el Sur Global

La comparación del impacto de la Revolución Rusa en América Latina con otras partes del Sur Global muestra semejanzas, pero también importantes diferencias. Desde el punto de vista de la Comintern, toda Asia, África y América Latina formaron parte de la misma región de explotación imperialista – por lo tanto, los métodos de la exportación de las ideas de la Revolución Rusa eran más o menos las mismas. Y, de hecho, la percepción completamente idealizada de los eventos del otoño de 1917 en Rusia fue parecida en muchas partes del mundo. Los tres más importantes legados concretos de Lenin en el Sur Global han sido el unipartidismo, una tradición de antiimperialismo iliberal, y una concepción del socialismo como un sistema de economía controlada por el estado nacional. Pero estos factores jugaron papeles diferentes en distintas partes del mundo.

En América Latina, el unipartidismo leninista fue limitado a Cuba, aunque también los creadores del PRI en México y del APRA en Perú fueron inspirados hasta cierto punto del éxito del partido de los bolcheviques. La gran diferencia con muchos países de Asia y África fue que las élites poscoloniales allí veían el socialismo del modelo soviético como medio para llegar a sus fines de independencia nacional y desarrollo económico. Este pragmatismo permitió más tarde a países como China, Vietnam, Laos, o Etiopía ~~a~~ combinar el autoritarismo político del modelo leninista con una economía desregulada cuando veían que la economía nacionalizada no conllevaba los frutos que esperaban. En América Latina, por contraste, estados nacionales ya habían existido desde hace mucho tiempo. La visión del socialismo soviético que tuvieron los intelectuales latinoamericanos era una más romántica y casi metafísica. Por eso la izquierda latinoamericana, a partir de los sesenta, se mostraba decepcionada con la URSS – mientras algunos conservadores latinoamericanos la veían bastante positiva como país antiliberal y antiestadounidense.²⁰

Sin embargo, la Revolución Rusa sigue ejerciendo su influencia en el pensamiento político latinoamericano en forma de las ideas antiimperialistas de Lenin y el concepto de Bujarin del control estatal de la economía. Durante la Guerra Fría, la Chile de la Unidad Popular en los setenta y Nicaragua Sandinista en los ochenta – no obstante sus buenas relaciones con Moscú – mantuvieron el pluralismo político y cultural, pero celebraron públicamente los supuestos logros de la Revolución Rusa y copiaron elementos como la nacionalización de empresas y la retórica aguda del antiimperialismo. El socialismo de la Marea rosa a partir de finales de los noventa tuvo muchas fuentes ideológicas, pero ecos de Lenin se notaban sobre todo en Venezuela: en la iconografía de los movimientos políticos, en las organizaciones de masas, la

²⁰ Tobias Rupprecht, *Soviet Internationalism after Stalin*. Cambridge UP. p. 165-181.

obstinada idea que una economía controlada por el estado asegure progreso e igualdad, y en un autoritarismo que se justifica con una supuesta represión imperialista.

En este centenario de la Revolución Rusa parece interesante que pocos movimientos de la izquierda pertinentes se refieren todavía positivamente a los legados de Lenin – ni los regímenes comunistas en Asia, ni los dictadores ex socialistas en África, ni los intelectuales en América Latina (y tampoco el régimen de Putin en Rusia). Las esperanzas en efectos emancipadores de la revolución bolchevique se han disuelto en el aire. Lo que una vez fue considerada como apertura de una prometedora nueva época, aparece, desde la perspectiva del centenario, uno de los varios desarrollos desastrosos que resultaron de la catástrofe seminal de la Primera Guerra Mundial. Además de los millones de muertos de terror político, purgas y hambre en el mundo comunista hay que contar incontables víctimas de las utopías de control y planificación en el Sur Global que estaban profundamente influenciados por el otoño 1917 en Rusia.

La sombra de Lenin flota sobre muchos sistemas políticos e conceptos políticos contemporáneos del Sur Global, pero generalmente no se percibe como tal. Por lo tanto, no parece que el centenario de la Revolución Rusa desarrolle un poder político significativo. Cuando numerosos medios proclamaron el regreso de Lenin en América Latina a principios de 2017, no fue interpretado como un indicio de una transfiguración renovada de los bolcheviques. Se referían a Lenín Moreno, el nuevo presidente de Ecuador, que, como decenas de miles de latinoamericanos, sudafricanos e indios de su generación, lleva un nombre que recuerda a las grandes esperanzas suscitadas por la Revolución Rusa en el Sur Global.